



UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

EL OMNIBUS,

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego y portadas de las impresiones DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Dos idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Coslanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

UNA CASA SOSPECHOSA.

I.

En el año de 1810, cuando toda la España cual un solo hombre se levantó al verse perñdamente invadida por los ejércitos de Napoleón, que habian llegado sin disparar un tiro hasta la capital del reino, Madrid, como amigos y auxiliares del jóven soberano á quien la connoccion popular del 19 de marzo de 1808 acababa de levantar sobre el trono de ambos mundos que habia abdicado su padre Carlos IV, y que pocos meses despues lo habian arrebatado á Bayona, el 2 de mayo ensangrentando las calles de Madrid, y siendo las alveas descargas con que fusilaba á sus indefensos habitantes la señal de alarma que resonando en todos los ángulos de la península provocó el alzamiento que reveló á la Europa subyugada ante el genio poderoso de Napoleón, que era posible vencer al vencedor de

habia recibido; ese tesoro que el soldado hambriento ocultó á su camarada por miedo de que se lo robe, y que sus propios dientes no se atreven á encantar, porque no le quedaria ya entonces esperanza alguna.

Formóse el regimiento en la plaza; se distribuyeron las boletas de alojamiento, se dió el punto de reunion para el caso de alarma, y cada cual se fué por su lado.

Dieron las ocho de la noche. La pequeña poblacion de la Luisiana tenia toda la apariencia de una ciudad enemiga; cada puerta, cerrada antes de la hora, se abria al francés como una trampa. Al ver los ojos que chispeaban detrás de las rejillas, se hubiera dicho que otros tantos puñales aguardaban su presa en la sombra. Apenas pasaban algunos españoles por la calle: iban sin volver la cabeza, envueltos hasta las cejas en sus capas, y cambiando entre si algunos signos de inteligencia.

El fresco de la noche redobla la fiebre de Pascal... Su fusil se le cayó de las manos... estuvo á punto de desmayarse, pero se acordó que tenia una herida fresca en el dedo pulgar de la mano izquierda; la abrió, y levantando el aposito, chupó con su boca alguna fuerza en su propia sangre.

Así llegó hasta la casa que le habian señalado. Ocupó el centro de un callejon sombrío y desierto, admirablemente dispuesto para un mal golpe; allí se hubiera perdido el tiro de una escopeta en el cielo, y los lamentos de un moribundo no hubieran hallado eco.

Echó una mirada sobre Pascal y su boleta, le hizo entrar sin decir nada, le enseñó con el dedo una silla y se puso á trabajar cerca del hogar. El cuarto se hallaba en una completa desnudez: cuatro paredes blancas, una mesa de nogal, un arcon viejo cubierto con piel de caballo, la silla en que se sentaba la vieja, la que ofrecia al sargento y nada mas.

—¿Cóspital se dijo á sí mismo Pascal: ¿voy á estar yo aquí cara á cara ó espalda á espalda con esa taciturna momia?

Pero vió una carabina y un sombrero chambergó colgado en un poste.

—¡Noabnena, dijo, ya veo aquí dos alhajas de hombre, al menos no moriré como Ilofernes.

Reinaba el mas completo silencio dentro y fuera.. El sargento tiraba de frio cerca del fuego. La vieja cuidaba un puchero, cuyos vapores embriagaban á Pascal.

Dos horas pasaron así.

De pronto la vieja aplicó el oído y se levantó. El sargento no oyó nada al pronto; pero despues se acercaron pasos acompasados.. Levantaron tres veces la aldaba con mano firme, y entró un hombre en el cuarto.

II.

Era un arrogante mozo de veinte y ocho á treinta años, rasgados ojos negros, color cobrizo, dientes blancos, cabellos ensortijados, rostro austero. Sus botinas se hallaban hechas pedazos; sus vestidos cubiertos de polvo... habia en su capa, hecho girones por abajo, ciertos agujeros redondos y limpios, que Pascal reconoció perfectamente; las balas habian pasado por allí... El español se cubria con aquel manto nacional con la magestad de un emperador.

—Buenas noches, Joaquín, dijo la madre.

—Dios os guarde, madre, respondió el hijo.

Y al ir á abrazarla reparó en el francés.

Estremeclóse y dió un paso atrás, despues examinó su carabina; luego meneó la cabeza suspirando; despues se puso á cenar con la vieja, sin proferir una palabra ni mirar á Pascal.

Habia reconocido éste en todas aquellas señales un enemigo mortal: sin duda uno de esos guerrilleros que habian fatigado y perseguido á su regimiento; y á golpe seguro uno de esos españoles que se habian propuesto asesinar hasta el último francés. No tuvo poca suerte el sargento en ser su huésped aquel dia, pero ¡guárdese del dia de mañana á la luz de dos fusiles!

Entretanto Pascal tocó en el hombro á Joaquín, y le pidió por señas un lugar en la mesa. Por toda respuesta el español le enseñó el plato vacío, que se lo dió á lamer á su perro.

Comprendió el francés; arrojó un escabel al fuego, se sentó allí, abrió su mochila y se comió su último trozo de pan.

—Mañana comeré, dijo para sí, mediante la gracia de Dios y mi bayoneta.

Despues se tendió en el poyo que habia en el hogar.

Joaquín, siempre mudo y siempre sin volver la cabeza, subió violentamente con su madre al piso superior.



Escena del 2 de mayo en Madrid.

las coaliciones europeas, una porcion de guerrillas se habian apoderado de las ásperas gargantas de la Sierra Morena, que separa las Castillas de las Andalucías.

Estamos en el año de 1810. Pascal, simple sargento cuyo regimiento acababa de llegar á la pequeña aldea de la Luisiana, estenuado, moribundo de sed y de hambre, diezmando su regimiento por las fiebres y molestado por las guerrillas, Pascal, decimos, no habia tomado hacia doce ó quince horas nada. Sin embargo, llevaba en su mochila un pedazo de pan, el último que

—¡Vamos, dijo para sí filosóficamente Pascal, si no me despierto mañana habré al menos dormido tranquilamente.

Levantó el aldabon de la puerta; nadie se movió; llamó segunda vez, tampoco; dió con la culata de su fusil, é hizo retemblar la casa. Entonces abrió una vieja. A la luz de un candil de hierro vió el sargento un rostro solemne é impassible, una de esas figuras de reinas destronadas que se encuentran en las aldeas españolas; esta tonia sobre sesenta años, el rostro oriental y el ojo sin fondo de los moros de Granada.

Aquella escena silenciosa y tétrica, pero de terrible elocuencia, habia dado mucho en quo pensar al sargento, á pesar de sus padecimientos.

—¡Qué diablos! no es seguramente la Castilla tan hospitalaria como la Escocia.

Arreglóse sobre el poyo lo mejor que pudo, colgó su fusil, su mochila, su sable y su chaco de un clavo, se echó encima su capote gris, y se durmió vencido por la fatiga.

III.

Al día siguiente el toque de llamada del tambor le despertó.

Volvían á presentarse las guerrillas en el horizonte. Pascal oyó sus gritos en las inmediatas montañas. Levantóse; llamó á sus patronos; solo la vieja estaba allí. Joaquín habia ya tomado el aire, y la carabina no se hallaba en su sitio.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! dijo el sargento repuesto: se ha llevado su bocina; vamos á hablar juntos. ¡Tracias por vuestra atención, señora.

—No hay de qué, respondió alegremente la vieja.

—Haced preparar la sopa, y mullir las almohadas para esta noche.

Una hora despues se hallaba el sargento en línea, en el campo de batalla, en frente de una partida de guerrilleros mandados por el célebre Chalaco. El combate fué encarnizado, terrible, sin cuartel, y comenzó diez veces hasta la tarde. Pascal fué arrebatado y perseguido entre dos colinas con una parte de su regimiento; recibió mas de veinte balazos en su uniforme y en su chaco, como si fuese el blanco de todas las carabinas y trabucos enemigos; mas por una especie de milagro apenas tuvo sino un rasguño en la oreja y en la mano. Por su parte no desperdió un cartucho, y no tiró una vez sin ver caer un español.

Apuñaba particularmente á una capa parda que se levantaba delante de él en todas las alturas, y despues de haberle derribado pudo desprenderse de los que le perseguían y juntarse con su cuerpo.

Las guerrillas se habian dispersado, como era su táctica, despues de haber ocasionado bastante daño al regimiento francés; y cuando parecían derrotadas volvían á presentarse al día siguiente en cualquier otro punto, de manera que era una guerra sin término y sin fin.

Los franceses volvíeron á la población de la Luisiana, y el sargento volvió á su alojamiento de la vispera.

IV.

Allí encontró á la vieja, mas triste y silenciosa que nunca. No tenía mas que un pensamiento: escuchar y mirar por la ventana á ver si volvía Joaquín.

Volvió al fin al cabo de dos horas, y su madre dió un grito de alegría, que pronto fue también un grito de angustia.

Hallábase el joven pálido, desencajado, vacilante, y perdiendo sangre por una herida en el pecho.

—No es nada, calmosos, dijo á la anciana; no ha tocado en el corazón; pero en poco ha estado.

Mientras que su madre vertía sobre su flaga agua fresca y lágrimas, se puso á observar al sargento, que le miraba por su parte con atención.

Parecieron reconocerse poco á poco, y asombrarse de respirar bajo el mismo techo.

La anciana seguía esta escena con un ojo estraviado, chupando en tanto con ardor la herida de Joaquín.

De repente escuchó una bala enorme que su fuerte aspiración acababa de arrancar de la herida.

—Estás salvado, hijo mío, exclamó, estrechándole con delirio en sus brazos.

Despues, recogiendo del suelo la bala, la examinó curiosamente.

—Es una bala francesa.

Pascal y Joaquín no decían palabra, pero no dejaban de mirarse. La vieja corrió al fusil del sargento, arma de aventuras y de botín, cuyo calibre era particular; echó en ella el sangriento plomo, se volvió cual una flor, y dijo á Pascal:

—¡Tú eres el que ha herido á mi hijo! Joaquín, añadió, mira á tu asesino, venguémonos.

Al mismo tiempo con la rapidez del relámpago habia cerrado la puerta, cogido la carabina y alargaba á su hijo un cuchillo.

Por toda respuesta echó mano el francés al sable, y se preparó á vender cara su vida.

En el mismo instante acababa de reconocer en su huésped la capa parda que le habia estado apuntando todo el día desde todas las alturas, y que le habia acerbillado con un granizo de balas.

El efecto de aquel triple reconocimiento hubiera sido digno de suministrar un cuadro palpitante al pincel de Salvator Rosa ó de Rivera.

V.

En lugar de tomar el cuchillo Joaquín, lo tiró con horror, y levantándose pálido como un fantasma, con la magestad propia del carácter español, de un gesto hizo caer la carabina de las manos de su madre, y alargó su propia mano á Pascal.

—Despues de una jornada tan caliente, le dijo, debéis tener hambre y sueño. Sacad la sopa, madre, y disponed una cama en el cuarto de arriba.

Asombrado el sargento envainó su sable, y respondió sonriendo:

—No hay ofensa: comeré con buen apetito, y dormiré perfectamente.

Refunfuñaba la vieja, pero una mirada de su hijo la clavó la lengua.

—No os conocía ayer; os conozco hoy, dijo el español al francés.

Cenaron juntos, y se contaron las aventuras del día.

El sargento entregó á Joaquín un bálsamo exquisito, soberano, contra las heridas.

Despues este último, dando una palmada en el hombro á Pascal, le dijo:

—Sígueme á mi cuarto.

Se levantó, cogió una luz, y aunque sosteniéndose con pena acompañó á su huésped al piso principal.

Aquel era el cuarto que destinaban á los parientes y á los amigos: una ancha alcoba, una cama, buenas sábanas de lienzo y una doble manta.

Oreja soñar el sargento: no se habia visto en otra desde el día en que su madre se habia separado de él.

El español le dió las buenas noches, y se fué á acostar diciendo:

—Hasta mañana.

—Bien he hecho, dijo para sí Pascal, en herir á este hidalgo.

Roncó como un bienaventurado, y no se despertó sino al amanecer, al oír el nuevo toque de llamada de su regimiento.

Esta vez era la señal de marchar de la villa de la Luisiana.

Joaquín guardaba cama, cuidada por su madre, é invitó al sargento á que tomase chocolate á su cabecera.

Bebieron á la salud uno de otro, y el español dijo al francés por despedida:

—Sois un valiente; tiráis admirablemente: rogad á Dios por mí siempre. Si vivís, no os olvidará tampoco mi carabina si se encuentra delante de la vuestra. *Cada uno tiene que ser de su país*; por eso mientras yo pueda no ha de quedar un francés en España, mientras tenga un cartucho en mi cadera.

VI.

Dos meses despues, Zaragoza la inmortal se habia distinguido en sus dos admirables sitios; empero los soldados de Napoleón, auxiliados poderosamente por la peste que se habia declarado en la ciudad invicta, se apoderaron de ella. Un castellano que durante el sitio habia muerto á mas de treinta franceses, iba á perecer bajo el golpe de sus vengadores, cuando uno de ellos le reconoció, y exclamó:

—¡Joaquín!

Era Pascal, á quien la Providencia ofrecía la ocasión de desquitarse. Salvó á su antiguo huésped con riesgo de su vida, y lo ocultó hasta el día siguiente, haciéndole salir de la ciudad despues de haberlo devuelto á su madre.

—Permaneced español, le dijo, yo vuelvo á Francia, tenéis mil razones en decirme que cada cual debe ser de su país.

VII.

Habia llegado el año de 1814. La suerte de las armas, siempre varia, habia sido al fin fatal á los franceses en muchos puntos. La Inglaterra habia encontrado un campo de batalla donde combatir al enemigo común de la Europa. Las hazañas de los españoles habian despertado el valor de la Europa, y nuevas coaliciones se habian formado contra el emperador Napoleon. Los aliados habian penetrado en el territorio francés, y el hombre que disponía de los tronos de Europa, el hombre á quien adulaban y llamaban hermano los reyes y los emperadores, habia tenido que abdicar, contentándose primero con la efímera soberanía de la isla de Elba, y yendo despues á morir sobre la árida roca de Santa Elena.

El rey Fernando VII habia vuelto á su trono de España. Los Borbones habian vuelto también á ocupar el trono de Francia.

Habíanse disuelto los ejércitos españoles, y Joaquín, acostumbrado á la vida activa y aventurera de las guerrillas, se habia dedicado al contrabando. Con este motivo habia pasado varias veces á los departamentos del Pirineo de Francia, y allí habia reconocido al sargento Pascal, retirado en su casa sin mas premios que sus trabajos y su sangre vertida, y la cruz de la Legión de Honor, que el mismo emperador habia puesto en el ojal de su uniforme, y aun esta preciosa recompensa se hallaba entonces proscripita en odio de la mano por quien la habia recibido.

Al ver Joaquín á Pascal y abrazarle, le dijo que habia conservado siempre el recuerdo de sus amigos; que habiendo evacuado la España y vuelto á Francia, habia colgado su fusil, y le rogaba que bebiese con él una botella como antiguos hermanos de armas.

Desde entonces el español contrajo una íntima amistad con el sargento francés, y siempre que pasaba al reino de Francia, iba á verle y paraba en su casa, donde recibía toda clase de obsequios, cuando años antes tanto habian trabajado los dos por darse reciprocamente la muerte.

GALERIA DE CONTEMPORANEOS.

BALZAC.

Hace seis años que Balzac ha muerto, muerto en el momento en que un sueño de felicidad llevaba su alegría y bienestar á una existencia hasta entonces demasiado precaria y agitada. La posteridad ha comenzado, pues, para el autor de *la Comedia humana*, y la posteridad reconoce en él un gran escritor. Si Balzac es una de las glórias de la Francia.

Ha dejado una obra imperecedera, en la que la posteridad sacará á manos llenas detalles cuando quiera saber lo que eran sus padres en el siglo XIX. Críticos severos han acusado á Balzac de lo cotempóreo, falsa elegancia, y amaneramiento aristocrático con que ha revestido á sus personajes; además lo han reconvenido en el estilo por la mezcla de lo trivial y lo sublime que ha afectado. A esos espíritus amargos que se complacen en poner en relieve las imperfecciones de un talento ó de un genio, para darse á sí mismos una ocasión de olvidar las cualidades de este genio ó este talento, responderemos: que Balzac ha producido mucho... ha producido tal vez demasiado; pero aun cuando no hubiese escrito mas que *Los Parientes pobres*, *Eugenia Grandet*, *El Padre Goriot*, *La mujer de treinta años*, es bastante ya para que no se le arroje cruelmente en cara algunas chanzas un poco verdes, es verdad, de sus *Cuantos picarones*. Los críticos, en su rabia de querer sin cesar demoler pirámides, no consiguen sino hacer ver á todas que cerca de ellas no son mas que unos pigmeos, que al descanillarse las partículas del granito que se esfuer-

zan en destruir, caen ellos mismos heridos por sus golpes. Balzac, además de escritor, no fue un hombre muy simpático, no; Balzac no tenía nada de hombre amable. Hallábase desde luego afligido de una dosis de amor propio tal, que rebotaba cada minuto en sus palabras, en sus gestos y en su mirada. Unase á todo esto la manía seria de ser descendiente de la sangre para de los Gaulas. No tengo nada común con los Balzacs de Entragues, respondía á cualquiera que le disputaba este parentesco. ¡Pues bien, tanto peor para ellos!

Balzac, donde quiera que se encontrase, en el boulevard, en la sociedad, en el campo, en el teatro, hubiera de muy buena gana escrito sobre su sombrero, como aquel pastor de Lafontaine.

Yo soy Balzac, el escritor de LA COMEDIA HUMANA.

Pero fuera de estas pequeñeces de orgullo y de una vanidad pueril, Balzac tenía momentos de expansión y de gracia. Prueba de ello es la amistad que contrajo con dos hombres escogidos, dos espíritus encantados que le lloran todavía, el marqués de Beyox y el conde de Gramont.

Balzac, deseoso de trabajar, y sobre todo de evitar las visitas indiscretas, había dado orden al Cancero de la casa donde vivía, calle de las Batallas, de que no dejase subir sino á las personas que preguntasen por Mad. Duran. Balzac se estaba en su cuarto sentado en la chimenea. No era un hombre buen mozo; pero, sin embargo, había en su mirada tal fondo de viva inteligencia y de profundidad, que era el encanto de las conversaciones de sus amigos. Afectaba un profundo desden por la generalidad de los escritores de su época, y aseguraba que era permitido á todo escritor tomar, á la manera de Moliere, su propiedad donde quiera que la encontraba. Sostenía que esto podía hacerse, porque un gran escritor es el secretario de su siglo.

Desde la calle de las Batallas pasó de un rincón Balzac fuera de la barrera á los Jardies, pequeña casa de campo situada en Ville-d'Abbay, y á la cual no se llegaba sino por una sendita que se hallaba en el camino real de París, cuya sendita en tiempo de lluvias tenía todas las trazas de un lodazal. Así no había otro medio para visitarle que meterse en el fango hasta la barba.

Los Jardies eran sencillamente una casita, en la cual Balzac al hacerla construir, no había indicado desde luego sino un ligero detalle de comodidad interior; los Jardies no tenían escalera para comunicarse desde el piso bajo con el principal.

Añadida la escalera bien mal á la casa, y asegurado Balzac sobre el modo con que subiría para acostarse, pensó realizar en su propiedad un proyecto que meditaba hacia largo tiempo, aclimatar en Francia las ananas. Esto no es una chanza. Balzac, ese hombre que sabía tantas cosas, y que las sabía tan bien, se había dejado lo mismo que un chiquillo llevar del métrico pensamiento de formar una magnífica renta criando frutas tropicales donde de cada diez años los nueve se hicieran los albaricqueros y los almendros á falta de una temperatura proporcionada ó igual. Hay que hacer la justicia al criador de ananas, de que una simple frase bastó un día para hacerle renunciar á su proyecto. Verdad es que esta frase emanó de un hombre experto en la materia: Alfonso Kar... jardinero de pura sangre.

—No olvidéis mas que una cosa en vuestras cien mil libras de renta en expectativa. Le dijo á Balzac, y es que como las ananas que sembréis en los Jardies no nacerán, los cien mil francos de renta nacerán menos todavía.

En los Jardies había adoptado Balzac como método para trabajar un sistema suyo. Que tuviese ó no gentes á comer — y comía á las cinco — al tragar el último bocado se iba inmediatamente á meterse en la cama. A las doce de la noche, Luisa, la muger de su jardinero, venía á despertarle y le traía una taza de café negro. Tomaba inmediatamente la pluma, y á la mañana siguiente, cuando uno iba á entrar en su cuarto, veíanse por todas partes, esparcidos sobre el suelo, sobre las sillas, sobre la mesa, multitud de cuartillas de papel atestiguando la

facilidad que tenía para escribir el novelista. Verdad es que esta facilidad era engañosa, porque lo que Balzac había escrito de esta suerte para enviarlo á la imprenta, no era mas que una chispa reciente de su pensamiento. Pronto veía las pruebas, y realmente era sobre estas pruebas sobre las que aparecía su obra. Tal frase que no tenía mas que diez palabras se convertía entonces en una página entera; y tal página compuesta de veinte líneas se trasformaba en un capítulo.

De Jardies pasó Balzac á vivir á Pany, y de Pany á la afortunada hoy calle de Balzac en los Campos Eliseos, en una casa que dicen había pertenecido á Beajon, ese riquísimo hacendista del último siglo que tanto ha hecho hablar por sus locuras y un poco por sus buenas acciones.

La nueva estancia de Balzac se hallaba amueblada con cierta suntuosidad. Había traído de sus viajes de Alemania y Rusia muchos muebles curiosos, cuadros antiguos y maravillosas esculturas. En este nido elegantemente preparado, aguardaba el suspirado momento de renunciar á su muger idolatrada. Reconciliado con la fortuna — esa tanta ciega — Balzac se entregaba con complacencia á su gusto y afición al lujo... No había abandonado en las horas de trabajo su ancha bata blanca, parecida al hábito de un fraile, en la que tenía sus codos con toda libertad; pero cuando iba á pasear ó á sus ocupaciones en la sociedad, se ponía orgullosamente un frac azul con botones de oro... pero oro verdaderamente macizo! ¡Debilidad del hombre que de pobre había pasado á rico!...

En una tertulia en la que se hallaba con este escéntrico frac azul, se le desprendió uno de sus botones que recogió una señora, ardiente admiradora del autor de los *Chouans* ó facciosos.

—Siempre se gana algo en ir detrás de vos, caballero, dijo la dama á Balzac devolviéndole su botón.

Como hemos dicho al principio de estas noticias, Balzac no debía de gozar largo tiempo del bienestar comprado con tantos años de trabajo y de aguardar.

¡Ay! los botones macizos de oro en el frac, no garantizan al cuerpo de los padecimientos y de la muerte.

Balzac había tenido ya en Rusia ataques de la enfermedad que tan pronto le ha arrebatado... como tan pronto había arrobado á Federico Soulié: una hipertrofia en el corazón.

Perfectamente curado en San Petersburgo por un Hipócrates de la cáscara amarga, escribía á uno de sus amigos:

—De todo se encuentra en Rusia, hasta buen médico! Si Federico Soulié hubiera tenido el mio vivría todavía.

Atacado de un modo fulminante en junio de 1850, Balzac había ido tirando cuatro meses, pero sucumbió al fin. En la víspera de su muerte estaba en su alcoba forrada de seda blanca y de encage, iluminada por una lámpara de cristal de roca, — dos ojos de diamante en una *carpa de posadera*, — ha dicho un poeta, el gran artista luchando física y moralmente contra su próxima disolución, y decía de buena fé á un amigo íntimo que le visitaba:

—Querido amigo, me he salvado! mi médico me lo ha dicho: ha vencido el mal interior, está muy seguro de ello...

A estas horas soy un hombre sano en un cuerpo enfermo.

¡Pobre Balzac! á la mañana siguiente espiraba.

No tenía mas que cincuenta y dos años.

CAROLINA VANLOO.

Hay en un cuadro de Carlos Vanloo toda una historia interesante y misteriosa que vamos á contar á nuestras lectoras. Nadie hubiera dado por ese boceto ni el valor de un cigarro; empero yo le he comprado por media onza, porque sabía que era una hermosa página llena de lágrimas: escuchad.

Carolina Vanloo fué la obra mas querida de Carlos Vanloo, un divino retrato que fué á enri-

quecer la inmortal galería del cielo. El pintor había dicho á su muger, Catalina Sonis, apellidada la Filomena de Italia; el Dios del amor grabó tu retrato en mi corazón; quiero que el himeneo me haga de él una copia.

Madama Vanloo tuvo una hija y dos hijos; la hija fué el divino retrato de su madre; mas hermosa, mas graciosa, mas adorable todavía. Pálida, bajo sus largos cabellos negros dejaba caer de sus ojos, azules como el cielo de la Italia, una angelical y encantadora mirada; hablaba con una voz que penetraba el corazón; su voz era hecha mas para cantar que para hablar. ¡Oh Rafael, Rafael! exclamaba Vanloo contemplando á su hija.

Cuando había concluido de mirarla el pintor, ora el ojo del padre el que la contemplaba. Rafael es un gran maestro, empero Dios es un maestro mas grande todavía; Carlos Vanloo sentía no haber tenido mucho antes semejante obra maestra delante de sus ojos. Carolina Vanloo tenía en su hermoso rostro un no sé qué de brillante, ese rayo del cielo que es un presagio de muerte. Al verla se entristecía uno como á la vista de esas blancas visiones de la juventud que nos cubren con sus fatales sombras.

Era mas que una muger, un ángel; una nebulosa meditación había desde muy temprano envuelto su alma. Hablaba poco; pasaba todo el día en leer ó en meditar; no se cuidaba ni lo mas mínimo de los placeres de este mundo. En el baile no bailaba, no concebía á la fiesta sino su encantadora sonata; puede decirse que solo su alma amaba la vida; su cuerpo era un tabernáculo de mármol.

Los libros la perterín, decía sin cesar el buen Vanloo, que no sabía leer, y que no veía sin terror aquellos millares de líneas negras corriendo las unas tras las otras; eran para él signos cabalísticos. Iba con frecuencia á leer ó meditar al taller y á la vista de su padre, á quien costaba mucho trabajo arrancarla tres palabras; la pedía consejo sobre las cabezas de las santas ó de los dioses paganos; ella no le respondía; pero su padre la había visto.

—Bien, muy bien, hija mía; no me digas mas.

Al cabo de algunos minutos Carolina Vanloo deja su lápiz contemplando la figura que acaba de trazar. Carlos Vanloo se dirige hácia ella. Viendo de repente á su padre sin haberle oído venir, lanza un grito.

—Me has dado miedo, le dice, alargándole la mano.

En aquel instante palideció el padre: ha visto el rostro dibujado por su hija; aquel rostro es la muerte! Allí está con la mortaja que deja entrever aquel seno lígubre de la única muger sin pechos; allí están aquellos pies que dan la vuelta al mundo abriendo una fosa á cada paso; allí está aquella terrible guardiña de la eterna mies! Empero lo que sobre todo asusta á Vanloo, es que á la cabeza de aquella funesta creación, Carolina Vanloo, sin saberlo tal vez, le ha dado sus facciones angelicales; aquellos rasgos apenas están indicados: cualquiera otro que Vanloo no reconociera á Carolina; pero Vanloo, Vanloo el pintor, Vanloo el padre ¡la ha conocido!

—Hija, dice ocultando sus lágrimas con una forzada carcajada, jamás se empieza por ahí: levántate, voy á darte una lección.

Carolina se levanta en silencio; sientase Carlos Vanloo; borra con mano agitada el dibujo de su hija, menos las facciones del rostro; toma la sanguina, y se apresura á hacer una metamorfosis. Ya la cabeza se anima con una linda sonrisa; ya los cabellos ensortijados ondean al viento de la primavera; un gracioso contorno pasa sobre sus espaldas, y pone en ellas ligeras alas; no es ya la muerte, es el amor.

El pintor, sin dejar su trabajo, pone aun algunos accesorios: un carax y flechas; palomas haciéndose fiestas con sus piquitos; en fin, todos los atributos del amor. Carolina Vanloo, que se ha inclinado por encima del hombro de su padre, sigue su lápiz con una dulce y amarga sonrisa á la vez.

Cuando había concluido Carlos Vanloo, concluido de devorar sus lágrimas, se volvió hácia su hija:

—No es esto? le preguntó, dándole un beso en su frente virginal.

—No, respondió ella bajando la cabeza con melancolía.

Haltándola su padre mas pálida la cogió en sus brazos, y la llevó al aposento de madama Vanloo.

—¡La muerte, la muerte! exclamó la pobre Jencella fuera de sí estendiendo los brazos.

Desde aquél instante la acometió el delirio. No tratamos de pintar la desesperación de su padre. Permaneció á la cabecera del lecho de Carolina día y noche, orando á Dios por la primera vez de su vida: murió á los pocos días.

¿No podría decirse que había muerto del mal de la vida?

Diderot cree que amaba lo imposible ó lo desconocido, es decir, lo ideal.

MISCELANEA.

ANTIGUIDADES.—El grabado que damos á continuación, ofrece uno de aquellos asuntos sobre cuya interpretación no pueden andar discordes los arqueólogos. Sin el auxilio de una grande erudición, fácil es conocer en el personaje que lleva el jabalí, al héroe tebano, y al rey

es decir, aquel que os designen como mas adecuado á vuestros alcances, los consejos de las personas que os amen, las circunstancias y vuestras propias fuerzas; y despues de haberle elegido, perseverad en él, caminad para alcanzarle, sin precipitación, pero sin tregua, y sin emplear otros medios que los que dicta una conciencia pura, y siguiendo un solo camino, el mas directo.

No permitais, en tanto que os sea posible, que penetren en vuestras almas largas incertidumbres; aquellos que se mecen en las nubes no pueden ser dichosos. Considerad con atención y una por una todas vuestras dudas, y no dejéis pasar ninguna sin haber apurado todos los medios de disiparla y destruirla; ateneos siempre á las causas.

Reducid el número de vuestros deseos y pasiones lo mas que os sea posible. Coged el hacha y arracad toda rama inútil, que el tiempo se encargará de cicatrizar sus heridas.

No busqueis vuestros placeres sino en las cosas simples, profundas y eternas. Amad á la naturaleza. ¡Dichoso aquel que no se cansa de admirar la hermosura de los campos y de las selvas, las magnificencias de la luz y de las nubes, y los apacibles esplendores de un cielo estrellado! No améis en las artes ni en las letras

—Mucho desearé también, dijo el tercero, pero yo solo pediría á Dios que os llevase á los dos el diablo, y al tiempo de morir no dejáseis por heredero.

Indudablemente el tercer albañil pidió mas á Dios, por lo cual, convencidos los demás, se dieron por vencidos. El amo que los oyó, viendo la agudeza del tercero, conoció que merecía mas de un cuartillo de vino, y mandó que trajesen una arroba para que se la bebiesen el próximo domingo.

JUZGAR POR APARIENCIAS. Un carnicero de provincia tenía un loro, al que había enseñado á hablar. Entró un hombre en casa del carnicero, y le pidió buey; el carnicero le dijo enseñándole una espalda de mediano grueso:

—Aquí le tenéis, muy bueno.

—Es vaca, es vaca, dijo el loro.

El carnicero, incomodado, cogió el loro, le retorció el pescuezo y le echó en un cubo de agua que tenía en su tienda. El loro, que únicamente había quedado atordido, salió del cubo de agua y se fue á calentarse al fuego que había en la chimenea. Un instante despues entró el perro de la casa todo mojado, y vino á calentarse al fuego.

—¿Has dicho como yo que era vaca, le preguntó el loro, pues que estás mojado?

UNA RESPUESTA IMPREVISTA.—Un predicador de una aldea, para hacer palpable las verdades de la moral que espucaba al público, decía para hablar de la facilidad con que las jóvenes prestan sus oídos á sus amos:

—Pobre hija, ¿qué fruto has sacado de las palabras dulces que ese jóven te ha dicho, de los obsequios que te ha hecho, de las promesas de matrimonio que te ha repelido?

Una linda aldeana que se hallaba en frente del predicador, creyó que se dirigía á ella el discurso, porque se hallaba en aquel caso, y se imaginó buenamente que estaba obligada á responder. Levantóse, y despues de haber hecho una cortesía al predicador:

—Me ha engañado con sus promesas, y despues de haberme engañado á costa de lo que Dios y yo sabemos, me ha plantado.

UN BUEN POSTILLON.—¿Sabrás dirigir una silla de postas? le decía á un moceton una señora.

—Ya se vé que sí, respondió, y en prueba de ello, yo soy el que tuve el honor de hacer volar el carruaje de la señora el año pasado en el camino real.

EL ZAPATERO SUTIL.—Un zapatero iba todos los días á la universidad de Alcalá de Henares, cuando había conclusiones, y algunos le preguntaban si sabía latin.

—No, respondía el artesano.

—¿Pues qué venis á hacer aquí?

—¡Toma! me divierto en ver quién tiene razon ó quien no la tiene en las disputas.

—¿Y cómo lo conoces?

—Nada mas fácil; lo conozco en la cara de los que disputan, porque el que no tiene nada bueno que replicar, se incomoda y hace gestos.

EL MATRIMONIO.—Aconsejaban á un padre que no casase á su hijo tan pronto, y le decían que era preciso que aguardase á que su hijo fuera mas juicioso. Respondió:

—Se equivocan vds, porque si mi hijo es juicioso, no se casará nunca.

ALMANSA.—Un soldado saludaba en español al mariscal de Berwick.

—Camarada, le dijo el mariscal ¿dónde has aprendido el español?

—En Almansa, mi general.

Todo el mundo sabe que el duque de Berwick consiguió allí la famosa batalla de Almansa, que aseguró la corona en las sienes de Felipe V, y puso término á la famosa guerra de sucesion con la casa de Austria.



Euristeo en el hombre oculto en el vaso. Las manos tendidas de ese último dan claro indicio de su terror, y forman notable contraste con la calma de Hércules, que trae vivo el salvaje animal de Erimanto. El hijo de Almena trae una espada por encima de su bordada túnica, y cuelgan de su espalda el arco y el carcax; su protectora habitual, Minerva, aparece armada con el casco, la lanza y el escudo, siendo particular en su traje un cinturón que despues de haber sujetado su túnica, baja en dos largas tiras hasta el borde de ese vestido; su mano levantada y su cabeza vuelta hácia el grupo principal, atestiguan la sorpresa que le causan la bravura de Hércules y el temor de Euristeo; del lado de este véase también alejarse á una mujer, que nombre se le debe de dar? Podérase convenir el de Hera, quien á la hora del alumbramiento de Almena, protegió á Euristeo con preferencia á Hércules.

Las escavaciones de la Etruria contribuyeron mucho á aumentar el número de monumentos relativos á ese místico asunto que se encuentra en multitud de urnas, siendo los mismos los personajes en todas esas pinturas, lo cual nos ha inducido á hacerlos conocer á nuestros lectores.

SIMPLICACION DE LA VIDA.—¿Queréis ser dichosos en este mundo? Tratad de simplificar vuestra vida.

No marcheis con los ojos fijos hácia muchos objetos á la vez. Aplicáos á escoger el mejor,

nada que no sea verdaderamente bello. No os alucineis con los aplausos que un gusto equivocado concede á veces á lo mediano, á lo amanerado y á lo falso. Cultivad en vuestro interior las generosas curiosidades de la inteligencia. Conservad con un prudente respeto el misterioso hogar del entusiasmo por lo bello, por lo justo y lo verdadero, porque en esto reside nuestra real e inagotable riqueza.

No tengais mas que un corto número de amigos, y soportad sus imperfecciones como ellos soportan las vuestras. Querédlas con sinceridad, y sedles fieles. La mas sólida base de la felicidad, estriba en las afecciones honradas y esperimentadas.

—Estando un dia reunidos tres albañiles, descansando de su trabajo á la hora de comer, trabaron entre sí la siguiente conversacion, apostando un cuartillo de vino á cuál de ellos espresaba mejor sus deseos. Era el objeto saber cuál pediría mas á Dios en el caso de que este estuviere resuelto á otorgar sus deseos.

Dijo el primero:

—Yo desearia tener tanto dinero como podría escribirse en una cantidad si se volviere tinta toda el agua del mar y se la agolase escribiéndola.

—Mucho es, dijo el segundo; pero yo desearia tener tanto oro como cupiessen en sacos que para coserse hubiesen tenido que descularse tantas agujas como cuben en la plaza de toros hasta el tejado.